

REFLEXIONES ACERCA DEL SOCIALISMO DEL FUTURO

Sol Arguedas

Las reflexiones siguientes deben tomarse como un deseo de contribuir, aunque sea en pequeña escala, a la construcción del edificio teórico del socialismo del futuro. Empezaré por ofrecer una definición del mismo, para seguir con algunos comentarios —o justificaciones tentativas— de las ideas encerradas en la definición ofrecida.

El socialismo es un proceso socio-económico y político-filosófico que redundará en:

- a) Cada vez más bienestar material —individual y colectivo—, mediante la cada vez más justa distribución de una riqueza social notablemente aumentada por la modernización tecnológica;
- b) Cada vez más bienestar espiritual —individual y colectivo—, gracias a unas cada vez mayores democratización y liberación sociales.

En el inciso *a*, el primero de los juicios se refiere a una ya realizada conquista del capitalismo: el aumento de la riqueza social por las modernizaciones tecnológicas sucesivas. El otro juicio apunta a una conquista aun por realizarse: la justa distribución de dicha aumentada riqueza social. Es este último propósito el que presidirá, seguramente, la acción política futura de los socialistas actuales.

Sobre este asunto del “aumento” de la riqueza social hay que oír la opinión de los ecologistas, contraria al “crecimiento” continuo de las economías como único medio de lograr mayor bienestar (o bienestar a secas). Los ecologistas no sólo aducen la finitud de los recursos naturales del planeta, sino también su despilfarro por la lógica del mercado (un mercado que se concibe en forma absoluta) y de la competencia en el sistema de producción capitalista. En otras palabras, por la falta

de planeación en la producción global y para el consumo; de una planeación que no excluyese elementos positivos del mercado. (No se debe olvidar que la "planeación" es absolutamente imprescindible en el interior de las empresas capitalistas.)

También hablan los ecologistas de reconsiderar el significado del concepto "bienestar", basándose más en la satisfacción de auténticas y fundamentales necesidades humanas, y no ya en el engañoso "consumismo", inducido por la publicidad comercial, que rige hoy los patrones de conductas individuales y colectivas.

Tal opinión permite pensar que la creciente conciencia ecologista en todo el mundo hará que se comprenda mejor la necesidad de que desaparezcan peligrosos focos de contaminación —de todo tipo—, producidos en y por las grandes aglomeraciones o hacinamientos de seres humanos pobres o marginados, o por depredaciones en la naturaleza cometidas por comunidades humanas primitivas y miserables. (La contaminación producida por los ricos está íntimamente ligada a la producida por los pobres).

Como es difícil hacer que desaparezcan físicamente varios miles de millones de personas *non gratas* por contaminadoras, no habrá más solución que pensar seriamente en hacer que desaparezcan la miseria y la marginación originadoras de tan peligrosos focos de contaminación. Contaminación que, por supuesto, no respeta a la "gente bonita". (Queda fuera de los límites del presente artículo discutir acerca de si la desaparición de la miseria y la marginación se efectuará por medios "violentos" o "pacíficos". De lo que aquí se trata es de introducir un elemento motivador más, y no sustitutivo de las razones de justicia social y de solidaridad humana que tradicionalmente han impulsado las batallas contra la miseria y la marginación.) Dejo a la imaginación del lector establecer la relación entre la conciencia ecologista en vías de universalización y el futuro del socialismo del futuro (como racionalización y distribución justa de la producción).

En el inciso *b* hay también dos juicios; uno de ellos, la democratización de las sociedades, constituye hoy punto focal de las preocupaciones teóricas y prácticas del quehacer político en todos lados. Por su inmediatez, conviene detenerse en este tema.

Dijo bien quien dijo que los conflictos sociales no se plantearían con claridad (no se tomaría plena conciencia de ellos) sino hasta que surgieran en la práctica las condiciones necesarias para resolverlos. Es lo que está ocurriendo ahora: la revolución científico tecnológica, mediante los fantásticos desarrollos de algunas de sus ramas (automatización y consiguiente robotización, informática, telemática, biotecnología, nuevos materiales, y otras ramas) ha suministrado —teóricamen-

te— la premisa para efectuar una auténtica democratización social: la *posibilidad* de financiar —gracias a la aumentada riqueza social— un bienestar creciente a *todos* los individuos de la sociedad. (Un bienestar con el significado distinto que hoy le asignan los ecologistas más congruentes.)

Encontrar los procedimientos —conocidos o inéditos (por ejemplo, entre otros, la ancha vía que están abriendo los ecologistas)— para realizar tal posibilidad, constituirá la tarea cotidiana de los socialistas actuales y futuros, en guerra incesante contra un neofascismo que no por nuevo dejará de utilizar viejos instrumentos como la rabiosa defensa de las élites económicas y financieras, el predominio de los complejos militar-industriales, el racismo o nacionalismo a ultranza, los fundamentalismos religiosos, etcétera; un neofascismo que ya está tomando posiciones estratégicas en el cambiante y en mucho impredecible mundo de hoy.

Por tanto, en los amplios horizontes que en estos campos del pensamiento nos está abriendo la revolución científico técnica de nuestro tiempo y, como ya vimos, la conciencia ecologista también, cada vez se empequeñece más, se envilece y se empobrece la fórmula democrática (o recetario democrático) que Estados Unidos impone —¡vaya paradoja!— por la fuerza bruta en algunas naciones pequeñas y pobres, o que tratan de imponer en otras con métodos más astutos o indirectos.

Ejemplo de esto último lo suministrarían las maniobras constantes —externas e internas— para implantar en México un bipartidismo calcado del vecino país del norte. Un bipartidismo que, al igual que allá, consistiera en realidad en un solo partido con dos cabezas.

Por las condiciones propias del devenir político ideológico mexicano, y en las circunstancias presentes del capitalismo mundial, el bipartidismo en México se manifestaría en la alternancia en el poder de una derecha política antijuarista y de una derecha política projuarista, pero ambas de acuerdo con la misma política económica dictada por el proyecto internacional —nuevo orden mundial— favorable a los intereses específicos de Estados Unidos.

Con todo el peso de la manipulación ejercida por los medios de información —sobre todo la televisiva—, se formaría una falsa conciencia democrática al cumplir con el ritual periódico de votar por una de las dos cabezas del partido único de la plutocracia y de la clerecía. Las fuerzas populares quedarían prácticamente sin representación al minimizarse las posibilidades de la llamada izquierda en el juego político “democrático”.

Entonces ¿qué debemos entender por democracia? Es preciso tener ideas muy claras respecto de la democracia *integral*, y de los procesos de democratización auténticos, para no caer en las trampas intelectuales y prácticas que suelen poner

los interesados apologistas de una democracia únicamente política (y eventualmente social) que, además, ya se volvió rígida, formal, ineficiente (por lo tanto, obsoleta), a causa del surgimiento de nuevas necesidades —individuales y colectivas— de democracias integrales. El gran abstencionismo electoral en todas partes, y el empeño del imperialismo estadounidense por perpetuar tales formas “democráticas”, dicen más acerca del envejecimiento de las mismas que todos los adjetivos (“rígida”, “formal”, “ineficiente”, “obsoleta”) que pudiéramos endilgarle.

Expliquémonos mejor: la democracia como concepto universal, que fue primero política —y filosofía política— con la realización de las ideas liberales precursoras y seguidoras de las grandes revoluciones burguesas, y que más tarde abarcó el campo social con la maduración del Estado benefactor o de bienestar, hoy encuentra condiciones propicias, en el terreno económico (por la aumentada riqueza social) para convertirse en democracia integral si se lucha con éxito por la justa distribución de dicha riqueza.

Por otra parte, con las posibilidades que existen en el presente para establecer en la práctica la democracia integral, se ha adquirido una gran libertad de pensamiento para construir la armazón teórica de un socialismo democrático y libertario. Quiero decir también que sólo trabajando ¡ya! por el futuro del socialismo se podrá visualizar pronto el socialismo del futuro.

El otro juicio en el inciso *b* de la definición del socialismo del futuro que suministré al principio de este artículo, se refiere a la liberación social. Es, éste, un tema en el cual no existe la misma claridad que la hay en el concepto de democratización (probablemente porque todavía no se han establecido en la práctica las condiciones —y, por lo tanto, la *posibilidad*— para que se realice el aún abstracto concepto de liberación social).

Es, por ejemplo, todavía muy confuso para muchísima gente el papel que juega la emancipación de las mujeres —la superación de la servidumbre femenina— en la emancipación de toda la sociedad. En más de un sentido la enajenación femenina puede equipararse a lo que hasta aquí se conocía como “enajenación de los obreros”.

Hasta ahora satisfacían intelectualmente las muy atractivas ideas de Marx —esbozadas apenas por él— sobre la enajenación del trabajo, de la vida entera del trabajador y de la sociedad en su conjunto, así como sobre las condiciones necesarias para lograr la desenajenación social y, por ende, la desenajenación del individuo. (De paso diremos que fue sobre la teoría de la enajenación, más que sobre cualquier otro concepto, que se levantó el edificio de la filosofía y de la moral marxistas).

Hoy se tambalea (pero, ¡por Dios!, todavía no se cae) aquel edificio por las

sacudidas que estén sufriendo sus cimientos. Conceptos tales como “obreros”, “proletariado”, “salario”, “relaciones sociales de producción”, “propiedad privada sobre los medios de producción” y el concepto mismo de “medios de producción”, además de otros, están perdiendo su antigua significación dentro de esta tercera y magna revolución científico técnica que nos está llevando —lo digo sin hipérbole— a una nueva civilización. Una nueva civilización que podríamos designar desde ahora —por su pertinencia en todos los aspectos— con el nombre de “posmodernidad”. (Es en este sentido que debe entenderse la afirmación de que ya estamos viviendo en el siglo XXI.)

No será, entonces, sino hasta que se estabilicen (o desaparezcan) aquellos conceptos-cimientos de la teoría de la enajenación; es decir, cuando se establezca de lleno el nuevo modo de producción obligado por la modernización tecnológica, que se estabilizarán también los conceptos de enajenación y desenajenación sociales. Porque no obstante lo estremecedoras que fueren las modificaciones sufridas por dichos conceptos, sus fundamentos quedarán incólumes mientras subsista el capitalismo tal como lo hemos conocido hasta ahora: la explotación del trabajo por el capital o, en otras palabras, la explotación de unos seres humanos por otros. Sobre esto se construirá (se está construyendo) el socialismo del futuro.